

MEMORIA Y LENGUAJE EN *EL COMÚN OLVIDO* Y *VARIA IMAGINACIÓN* DE SYLVIA MOLLOY¹

Laura R. Loustau

CHAPMAN UNIVERSITY - ESTADOS UNIDOS
[loustau@chapman.edu]

Resumen: En *El común olvido* (2002) y *Varia imaginación* (2003), Sylvia Molloy indaga en experiencias personales y familiares, momentos transcurridos en diferentes espacios y tiempos. En *El común olvido* el protagonista reside en Estados Unidos y regresa a Buenos Aires; este viaje le permite al protagonista recorrer espacios y tiempos asentados en la memoria y (re)descubrir una identidad afectiva y verbal. En *Varia imaginación* se narran imágenes y vivencias de la niñez de la protagonista que aún habitan en su memoria. En ambos textos hay una conexión muy estrecha entre al acto mismo de narrar, de recordar y el lenguaje que se emplea para articular el andamiaje de la memoria. Este ensayo estudia principalmente las instancias donde se intensifica la relación entre los diferentes sistemas de representación (lenguaje) y la evocación de los recuerdos (memoria). Las tres instancias comunes a los dos textos son: la oscilación entre dos o más lenguas, lo que le permite a los protagonistas simultáneamente recordar y olvidar; el empleo de estrategias que aluden al acto mismo de recordar y al concepto de la memoria; y, finalmente, la representación de imágenes que muestran el carácter móvil y transitorio, desterritorializado, de los cuerpos y de las identidades.

Palabras claves: memoria - autobiografía - extranjería lingüística - hibridez - identidad. **Keywords:** memoirs - autobiography - immigrant language - hybrid identity.

En *El común olvido* (2002) y *Varia imaginación* (2003) Sylvia Molloy presenta experiencias personales y familiares, autobiográficas y ficticias, que tienen lugar principalmente en la Argentina y en menor escala en los Estados Unidos y otros países². En *El común olvido* el protagonista reside en

-
- 1 Una sección de este ensayo fue presentada como ponencia en un congreso auspiciado por la "National Association of Hispanic and Latino Studies" en Houston, Texas en febrero del 2004.
 - 2 Molloy ha reflexionado sobre las experiencias del escritor que escribe desde afuera de su país de origen y sobre las relaciones que existen en cuanto al autor, la lengua, la escritura

Estados Unidos y regresa a Buenos Aires para arrojar las cenizas del cuerpo de su madre al Río de la Plata, tal como lo había deseado su madre antes de morir. En este viaje el protagonista recorre espacios y tiempos asentados en la memoria y (re)descubre ciertas identidades afectivas y verbales. Si bien estos desplazamientos y realizaciones no le permiten llegar a cerrar capítulos de su vida, el proceso mismo reconfirma tanto su continuo estado errante como la imposibilidad de (re)construir una historia única y verdadera del pasado familiar y personal.

Varia imaginación, escrita en primera persona y publicada inmediatamente después de *El común olvido*, es una autobiografía corta, de 105 páginas, que incluye recuerdos de la niñez de la protagonista, fragmentos de su vida familiar y de su entorno cuando residía en Buenos Aires. El libro se caracteriza por el recuerdo de ciertas imágenes, detalles o situaciones en la vida de la narradora. Molloy misma explica que en *Varia imaginación* le interesa escribir sobre “lo visual, la imagen, el impacto de algo que se ve o algo que se reconoce o algo que pasa que rompe el orden cotidiano” (Schettini 2003). Molloy observa que no intenta una descripción detallada de lo personal y familiar, sino que arma el libro “de a pedacitos y no aspira a construir un itinerario, una vida y mucho menos un ‘yo’” (Schettini 2003). De hecho, la atomización de los fragmentos de vida, la movilidad y la desterritorialización constituyen las estrategias narrativas principales al trazar los recorridos de los protagonistas en las historias narradas.

En ambos textos, *El común olvido* y *Varia imaginación*, hay una conexión muy estrecha entre al acto mismo de narrar, de recordar y el lenguaje que se emplea para articular el andamiaje de la memoria. La particularidad de ambas obras es que los narradores son conscientes de las tretas de la memoria y es así

y la nación. Molloy se pregunta el destino de la escritura cuando se la desplaza: “[C]uando se la disloca, se la desfamiliariza, se la aliena. ¿Qué significa escribir en (desde) otro lugar? ¿Cómo se tejen las sutiles relaciones entre autor, lengua, escritura y nación? ¿Cuándo empieza la extranjería de un texto? ¿En el desplazamiento geográfico, en el uso de otra lengua, en la extrañeza de la anécdota, en el efecto de la traducción” (“*En breve cárcel: pensar otra novela*”: 30). Estas reflexiones, las que tratan de responder a los interrogantes de los autores que escriben en el extranjero o desde afuera de un círculo político y cultural hegemónico, surgieron con motivo de la publicación en 1998, por primera vez en la Argentina, de su conocida novela *En breve cárcel* (1981), a cargo de la editorial Simurg. Durante años *En breve cárcel* no se leyó en Argentina, excepto entre grupos reducidos de amigos donde la novela circulaba de forma subterránea. Ante la expectativa de la publicación de la novela en la Argentina, el deseo de Molloy era que la novela se relejera partiendo del lugar que ella misma eligió para escribirla: “un lugar de enunciación desplazado, marginal, donde escribir y pensar la ficción” (“*En breve cárcel: pensar otra novela*”: 32). Intuimos que tal deseo se ha materializado principalmente en un horizonte de recepción en el siglo XXI, con las dos obras que se estudian en este ensayo.

que especulan sobre el acto mismo de recordar, cuestionando ambos su poder y su fragilidad. En este ensayo estudiamos las formas en que los dos textos dialogan y al mismo tiempo se complementan con el afán de reconstruir historias personales y familiares. No es nuestra intención, ni la de los personajes de los textos, rearticular el pasado en su totalidad. En cambio, proponemos detenernos en las instancias donde se intensifica la relación entre los diferentes sistemas de representación (lenguaje) y la evocación de los recuerdos (memoria). Si bien los protagonistas mismos son los responsables de articular trozos de sus pasados, los personajes conscientemente se valen de lo que evocan los seres más allegados (madres, primos, tíos, amigos), reflexionando y subrayando reiteradamente las estrategias que se emplean al pensar el pasado, así como la forma en que se articulan los recuerdos. En este ensayo, las tres instancias donde se intensifica la relación entre lenguaje y memoria se denominan “Extranjería lingüística”, “Estrategias de la memoria” y “(Des)territorialización corporal e identitaria”. En la primera instancia dos idiomas extranjeros, el inglés y el francés, se convierten en parte de un péndulo oscilatorio que le permite a los protagonistas simultáneamente recordar y olvidar, anclarse y desplazarse, orientarse y desubicarse; en la segunda instancia los personajes conscientemente utilizan un léxico que reflexiona sobre el acto de recordar y sobre el concepto de la memoria misma. En la tercera instancia, las imágenes que se emplean para representar los traslados corporales e identitarios nos muestran el carácter móvil y transitorio, desterritorializado, no sólo de los cuerpos sino de la identidad de los personajes.

En una entrevista llevada a cabo por Bruno Massare en Nueva York, Sylvia Molloy plantea claramente los lazos literarios entre ambos libros, *El común olvido* y *Varia imaginación*. Ante la pregunta sobre la relación entre los dos libros, Molloy responde:

Empecé con [*Varia imaginación*] cuando terminé la novela [*El común olvido*], para aprovechar el ímpetu que tenía. A medida que escribía la novela me iba dando cuenta de que había *fragmentos narrativos –recuerdos, historias escuchadas a otros, ficciones– nacidos a su sombra, que fueron componiendo un todo independiente*. Pese a su origen, en algunos casos autobiográficos, pese al uso de la primera persona, son textos ni más ni menos ficticios que otros. La escritura autobiográfica, por otra parte, es siempre un ejercicio de ficción (“Memoria” 6; el subrayado es nuestro).

En esta cita es significativa la alusión de la autora a la fragmentación narrativa por cuanto es necesaria una economía del lenguaje poderosa capaz de rescatar momentos vividos, contados e imaginados. Estos fragmentos creativos sirven para armar y desarmar cierto pasado que ineludiblemente llevan a los

protagonistas a lugares móviles y los desvían del camino para posicionarlos en una transitoriedad geográfica, lingüística y mental.

Es importante notar que tanto *El común olvido* como *Varia imaginación* se acercan a la definición de autobiografía, tal como la entiende Molloy en su ya reconocido texto crítico, *Acto de Presencia. La escritura autobiográfica en Hispanoamérica* (1996), publicado primeramente en inglés bajo el título de *At Face Value. Autobiographical Writing in Spanish America* (1991). Molloy define la autobiografía hispanoamericana de la siguiente manera:

La autobiografía es siempre una re-presentación, esto es, un volver a contar, ya que la vida a la que supuestamente se refiere es, de por sí, una suerte de construcción narrativa. La vida es siempre, necesariamente, relato: relato que nos contamos a nosotros mismos, como sujetos, a través de la rememoración; relato que oímos contar o que leemos, cuando se trata de vidas ajenas. Por lo tanto, decir que la autobiografía es el más referencial de los géneros –entendiendo por referencia un remitir ingenuo a una “realidad”, a hechos concretos y verificables– es, en cierto sentido, plantear mal la cuestión. La autobiografía no depende de los sucesos sino de la *articulación* de esos sucesos, almacenados en la memoria y reproducidos mediante el recuerdo y su verbalización (15-16).

Según Molloy, existe entonces una estrecha relación entre los recuerdos (guardados en la memoria) y la articulación oral y escrita de esos recuerdos, los que pasan por el tamiz de la elaboración narrativa. Esta definición de Molloy llevada a los textos estudiados nos ilumina por cuanto nos insta a no buscar una referencialidad única remitida a una sola realidad sino que nos invita a detenernos en la forma de enunciación o de la narración, en el lenguaje mismo que se utiliza para recordar (Molloy 1996: 15-16).

1. La extranjería lingüística

En *El común olvido* y *Varia imaginación*, el inglés y el francés ocupan un lugar importante dentro de las lenguas habladas ya que las familias de los protagonistas son de herencia inglesa y francesa aunque hablan el castellano por haber nacido y haberse criado en Buenos Aires³. Algunas de las voces que

3 Un dato estadístico importante: entre el segundo censo de 1895 y el tercero de 1914, la población argentina había aumentado de 3.9 millones a 7.8 millones (Rock 1987: 165). La mayoría de los inmigrantes procedía de Italia y España y un menor número procedía de Francia, Alemania, Suiza, Gran Bretaña e Irlanda. En cuanto a la relación entre la inmigración argentina y la lengua, Flora Guzmán explica que “en la Argentina, el sacudón de la inmigración produce cambios inesperados. Si bien el español se mantiene, el torrente oral de los inmigrantes –la mayoría era analfabeta– muy pronto acabó arrasando con las normas

se escuchan en *El común olvido* intercalan el inglés y el español pero como se indica en una de las reseñas del libro “no se trata del *spanglish* propio de la cultura latina domesticada en los Estados Unidos, sino a la inversa: la mayoría de los personajes son descendientes de ingleses que conforman los resabios de lo que supo ser un círculo de elite en la Argentina de mediados del siglo pasado” (E.C., *Nowhere Man*). A modo de ejemplo, vale mencionar el momento en que el narrador de *El común olvido* visita a su tío Cirilo en Buenos Aires. Se alude detalladamente a la identidad inglesa de la familia pero indirectamente se mencionan los complejos bemoles generacionales que se presentan al vivir en un país con dos lenguas:

La mujer de Cirilo también es angloargentina, de familia de campo, menos aferrada, parecería, a su filiación británica que el marido. Creo incluso detectar un leve acento argentino cuando habla inglés. Durante el almuerzo noto que al dirigirse a Peter su primer impulso es hacerlo en castellano. Peter se maneja sin dificultad en los dos idiomas, inglés con el padre, castellano con la madre, inglés conmigo y, noto sorprendido, castellano con su hermana menor, Susana. Se lo hago notar, me dice, sacudiéndose de hombros, no vivimos en Inglaterra. Percibo que la respuesta molesta a su padre, when you were children we all spoke English, dice irritado, se van a olvidar de lo mejor que les he podido dar, otro idioma, el castellano igual lo iban a aprender en el colegio y en la calle pero en casa hubieran podido seguir hablando en inglés (209).

Esta extensa cita nos muestra ciertos resentimientos familiares que el narrador por cierto presiente que ha desencadenado, aunque como nos explica, no le interesa intervenir en la discusión sobre el tema del idioma. De hecho, la voz narrativa parece estar más interesada en rescatar ciertos fragmentos personales y familiares que le permitan ahondar en su identidad más que en el idioma en el que se hablaron ciertos acontecimientos. Es claro cuando el protagonista al referirse a su abuela dice: “No me acuerdo de ella y qué tiene que ver el idioma” (211). La distinción de idioma parece importarles más a aquella primera o segunda generación inglesa que se crió en la Argentina y que continuó viviendo allí. Para las generaciones siguientes que crecieron en presencia de dos o más idiomas o que se radicaron en otros países, como es el caso del protagonista de *El común olvido*, el concepto del plurilingüismo se adopta con más naturalidad, al punto que la hibridez lingüística es parte intrínseca de la constante reformulación identitaria. Nos parece importante indicar aquí que pese a la indiferencia que muestra el narrador con respecto a

lingüísticas establecidas. Así el español sufrió la influencia de galicismos y anglicismos que indicaban una ‘cultura superior’ apreciada entre los miembros de la clase dirigente” (9).

la distinción de idiomas que se hablan en su familia, la constante mención y reflexión sobre los mismos, nos lleva a pensar que es un tema que interesa al protagonista y que desea, a pesar de la aparente indiferencia, tratar en relación a su propia identidad como a la de su entorno familiar⁴.

De hecho, la narradora de *Varia imaginación* recuerda cómo de niña se convirtió en figura intermediaria, traductora de idiomas y de culturas, espacio móvil y fluido que aún ahora desde la adultez no ha abandonado. Al hablar de la influencia del francés en su vida, la narradora dice:

El francés ocupa en mi vida un lugar complejo, está cargado de pasiones. De chica quise aprenderlo porque a mi madre le había sido negado. Hija de franceses, sus padres cambiaron de lengua al tercer hijo. Mi madre era la octava. En lugar de hablar francés con la familia, mis abuelos pasaron al español, hablando francés sólo entre ellos. Yo quise recuperar esa lengua materna, para que mi madre, al igual que mi padre, tuviera dos lenguas. Ser monolingüe parecía pobreza (27).

Ya en la adolescencia el conocimiento y aprendizaje formal del francés y más adelante de sus literaturas (Proust, Racine, Gide) le permite, no sólo servir a un tercero o actuar de intermediaria para su madre, sino iluminar sus conocimientos sobre la sexualidad en general y, aun más importante, sobre su propia sexualidad. Ella admite haberse reconocido en André Gide por “su protestantismo, . . . sus interminables debates morales acerca de una sexualidad que yo adivinaba ser la mía aunque no estaba del todo segura” (28). El acceso a la literatura francesa le posibilita la entrada y la salida a espacios vedados a sus propios padres, a espacios de pensamiento y de conocimiento que la independizan física y verbalmente.

Pero no todas las experiencias lingüísticas mencionadas en *Varia imaginación* se aferran a la errancia. En otra instancia, cuando la narradora recuerda a su abuela paterna inglesa, admite que siente una obsesión por saber en qué idioma ella misma le habló a su abuela antes de morir:

Recuerdo haberle hablado, no sé en qué idioma. Este recuerdo, este no saber en qué idioma le hablé no me deja. De hecho, he recurrido a él en dos relatos, trying to make sense of it: en uno de esos relatos, un chico habla en inglés y hace feliz a la abuela, en el otro se niega (76).

La ambigüedad lingüística caracteriza al recuerdo y esta obsesión por no poder recordar la persigue. Tal vez la narradora esté más preocupada por no

4 Véase el artículo de Molloy, “Bilingualism, Writing, and the Feeling of Not Quite Being There”, en el cual la autora diserta sobre la complejidad de crecer y existir hablando tres idiomas.

poder recordar, por la incapacidad física de completar el acto de recordar, que por la felicidad de la abuela paterna. La enunciación de ambas posibilidades la ubica una vez más en el deseo de encontrar una respuesta concreta pero que obviamente la protagonista no encuentra porque ese lugar único, real y verdadero no existe. El recuerdo mismo oscila entonces entre el acto de recordar y el acto de olvidar, entre la errancia y la permanencia lingüística. La extranjería lingüística le ha proporcionado a la narradora, por un lado, otra forma de pensar el pasado y de pensarse en el pasado y por otro, y más que nada, una gran frustración y angustia por no poder reconstruir la totalidad del hecho. En *Bilingual Aesthetics. A New Sentimental Education*, Doris Sommer observa la inestabilidad identitaria en la que pueden caer los hablantes bilingües: “Bilinguals can get caught between bad fits at thrilling and risky borders” y agrega “Even official multilingualism in Switzerland, also in Canada, Belgium, Israel, Spain, and elite multilingualism can breed unhappy consciousness” (41). El ejercicio o juego mental que lleva a cabo Molloy sólo confirma la inevitable fragmentación del acto de la memoria y de lo recordado; agudizado por las complejidades propias de hablar dos o más lenguas.

Al hablar de memoria y de cómo se recuerda el pasado Salman Rushdie, refiriéndose a la India dice: “the Indian writer who writes from outside India... is obliged to deal in broken mirrors, some of whose fragments have been irretrievably lost” (11). Para Rushdie el espejo está roto porque a la distancia el escritor no puede recuperar exactamente lo que perdió; se ve obligado a crear ficciones, no lugares reales, sino espacios imaginados (10). En *El común olvido* Daniel recuerda que después que él y su madre se mudaron a los Estados Unidos, Daniel le preguntó a su madre si no extrañaba el español “si no había días en que se cansaba de hablar inglés, días en que se equivocaba y en una tienda o en un restaurante... le salía el pedido en la otra lengua, o se le escapaba una palabra, o usaba un giro que delataba que hablaba desde el otro idioma” (165). Si bien la madre no le responde inmediatamente, después de mucho tiempo le explica que le pasa algo que cree ser “divertido”:

... hay un montón de granjas por aquí que venden heno para los animales y los carteles dicen HAY, y por más que esté acostumbrada, mi primer impulso es leer la palabra siempre en castellano, como si fuera verbo, y reaccionar pensando que falta algo ¿qué es lo que hay? Tengo que hacer un esfuerzo para recordar que hay es heno (165-6).

La extranjería lingüística que experimenta la madre de Daniel puede verse aquí como parte de esos espejos rotos y fragmentados que en este caso se ha llevado de Buenos Aires a Estados Unidos: “Es como estar leyendo desde otro lugar” (166) explica la madre de Daniel. La fragmentación y la falta no son

parte de la historia misma sino del desplazamiento geográfico y lingüístico que experimentan los personajes. Las reflexiones conscientes sobre las vivencias de aquellos que hablan y piensan en dos o más idiomas se complementan en el texto con las referencias, también conscientes, de aquellos personajes que participan en el acto de recordar y de armar historias propias y familiares.

2. Estrategias de la memoria

En el estudio previamente mencionado, *Acto de presencia*, Molloy indica que la autobiografía hispanoamericana no cuestiona ni indaga el proceso mental de recordar hechos del pasado, aunque lo que se enuncie sean precisamente datos y hechos que se asientan en la memoria. Molloy se expresa así:

Si bien se centra en un *memorator* que evoca un pasado del que es, más o menos, protagonista, la autobiografía hispanoamericana es parca en especulaciones sobre el acto mismo de recordar. La memoria apenas se considera: rara vez se menciona su funcionamiento y jamás se la cuestiona. Ya dada por descontado, ya relegada a una posición utilitaria, está notoriamente ausente, como tema de un ejercicio cuya práctica misma depende de ella (186).

Por el contrario, en los dos textos, aunque de diferentes maneras, los personajes reflexionan sobre la memoria, reniegan de la falta de ella y utilizan estrategias verbales y físicas para recordar. Por ejemplo, en *El común olvido* se observa la reflexión sobre el acto mismo de recordar desde las primeras páginas: “Decía mi madre (y viviría para experimentarlo en carne propia) que la memoria es un don elusivo, a menudo infernal” (14). El narrador lo atestigua cuando explica que aunque trata de recordar a su madre, “no logro detener una imagen fija sino un torbellino de figuras superpuestas... es más fácil recordar objetos que fueron suyos... por eso conservo algunos de esos objetos: para convocarla, para celebrar alguno de sus muchos gestos perdidos, para sentirme menos solo” (14). Como estrategia se busca un objeto perdurable para recordar porque los rostros se escabullen en las grietas de la memoria.

Al referirse a su padre, el narrador dice: “Son pocos los recuerdos que tengo de él y a estas alturas no sé si son míos” (18). De igual manera, Daniel desde Buenos Aires trata de reconstruir la vida de sus padres por los fragmentos y las versiones de vida que le cuentan los otros personajes: Ana, la hermana de la madre, Cirilo Dowling, el primo segundo del padre, Beatriz, la sobrina de la madre de Daniel, Charlotte, amiga y posible amante de su madre. Aquí la estrategia cambia, se inventa el pasado según las voces ajenas para que le pertenezca al que enuncia el recuerdo. Es menos doloroso recordar algo transmitido por otra persona, que no recordar nada. Aunque como se observa en

el siguiente ejemplo, lo que se puede recordar de haber vivido de niño es en la adultez efímero y borroso:

¿Cómo imaginarme, en esta ciudad pobre y abarataada, la juventud de mi madre cuando apenas recuerdo la mía? Yo tenía doce años cuando me llevé de aquí y a los doce no se han almacenado suficientes recuerdos, quiero decir recuerdos de lugar que permitan recrear, de lejos, el espacio. Durante años vi a Buenos Aires a través de sus ojos, en sus relatos, y ahora que traigo sus ojos para ver, sólo se me brinda un telón chato y deslucido contra el que intento, en vano, representarme una comedia de la que nunca fui protagonista (*El común olvido*: 29).

El protagonista reflexiona sobre la dificultad de pensar y recordar espacios narrados por otros. Descubre que lo que su madre le ha contado sobre Buenos Aires son imágenes y escenas que no se pueden recrear principalmente por el tiempo transcurrido y porque el lenguaje es memoria, función endeble e insuficiente. En *El común olvido* es Simón, el compañero de Daniel que vive en Nueva York, el que mejor articula y describe el tipo de memoria verbal y física que persigue a Daniel en Buenos Aires:

La memoria que parecerías querer tener... [es] una memoria que te permita recuperar todos los datos, con total precisión, una memoria donde no haya huecos, interrupciones. Ésa es la memoria que no te enseña nada, mi querido, porque para entender tienes que aceptar los huecos, incluso provocarlos, tienes que aprender a olvidar (225).

Se sugiere entonces que conscientemente el protagonista seleccione y fragmente el recuerdo para poder de esa manera armar y llegar a comprender una cierta historia personal.

Por el contrario, en *Varia imaginación* no hay referencias tan explícitas sobre el acto mismo de recordar pero sí existen estrategias que aluden a la reconstrucción de la memoria. Por ejemplo en el capítulo “Homenaje” la narradora, mencionando una gran cantidad de palabras y frases alusivas a la costura, intenta ingresar en los recuerdos de su madre:

Plumetí, broderie, tafeta, falla, gro, sarga, piqué, paño lenci, casimir, fil a fil, brin, organza, organdí... Canesú, rangland, manga japonesa, canotier, talle princesa... una presilla, un hilván, las hombreras, ribetear, enhebrar, una pestaña, vainilla, punto yerba, un festón. La sisa, la hechura. Recuerdo estas palabras de mi infancia, en tardes en que hacía los deberes y escuchaba hablar a mi madre y a mi tía que cosían en el cuarto contigo. Reproduzco este desorden costurero en su memoria (21-22).

Estos “fulgurantes destellos de memoria” (Chababo 2003) que la narradora (des)ordena para su madre son otro intento por ubicar tiempos y lugares

pasados. “Este desorden” al que alude la protagonista no hace más que homenajear, de allí el título del capítulo, las memorias propias y ajenas y organizar, aunque fragmentadamente, el espacio doméstico de las mujeres de su familia. Es interesante que el elemento (des)ordenador sea el lenguaje, las palabras, que portadoras de una fuerte intensidad poética reconstruyen un pasado que, como bien ha indicado Ariel Schettini, en *Varia imaginación* ese pasado se representa como “retazos autobiográficos”, es decir como trozos de lo vivido, lo contado y lo imaginado. Se intenta entonces, rememorar retazos del pasado propio y ajeno para traer al presente palabras, hechos y momentos olvidados así también como para activar una forma de ejercicio de la memoria que sirva para recomodar los fragmentos del espejo roto.

3. (Des)territorialización corporal e identitaria

En el afán por reconstruir un pasado, en las vivencias de las “sacudidas de la memoria” (*El común olvido*: 35) el lenguaje que se emplea se conecta a un vaivén entre desplazamiento y permanencia, entre destiempo y tiempo fijo, entre desorientación y orientación. El sentimiento de errancia y de desubicación que siente Daniel al llegar a Buenos Aires es casi aterrador:

No he conocido ciudad donde se pueda estar más a la deriva, sin tener la sensación de llegar a ningún lado... [M]i Buenos Aires se deshace a cada paso. No es sólo que los lugares que creía conocer van siendo reemplazado por otros, es la ciudad entera que, como presa de un sacudimiento sísmico, se va desplazando, desliziándose hacia otras latitudes, inventándose un nuevo centro a medida que desaloja el viejo... Tengo la sensación de una ciudad flotante (36-37).

La desterritorialización física y psíquica de Daniel es rizomática en el sentido que no encuentra referentes geográficos ciudadanos y además el protagonista siente que la ciudad, con él adentro, se desplaza y se ramifica a otros espacios. Hay que recordar que una de las metáforas espaciales más poderosas estudiadas por los críticos franceses Gilles Deleuze y Félix Pierre Guattari, es la del “rizoma”, la cual llega a establecer las subjetividades de la desterritorialización: “Un rizoma no tiene ni principio ni fin, está siempre en el medio, entre cosas y entre seres, *intermezzo*... el rizoma es alianza, únicamente alianza” (Mi traducción: 25)⁵.

5 Véanse las siguientes definiciones del rizoma según Deleuze y Guattari: “The rhizome is an antigenealogy. It is short-term memory, or antimemory. The rhizome operates by variation, expansion, conquest, capture, offshoots... the rhizome pertains to a map that must be produced, constructed, a map that is always detachable, connectable, reversible, modifiable, and has multiple entryways and exits and its own lines of flight... the rhizome is an acentered, nonhierarchical, nonsignifying system with a General and without an organizing memory or central automation, defined solely by a circulation of states” (*A Thousand Plateaus*: 21).

Si como explican Deleuze y Guattari el rizoma es también sinónimo de “anti-memoria” y “antigenealogía”, el espacio ciudadano en *El común olvido* es, por un lado, la desterritorialización misma, debido a la incapacidad de afianzarse a un espacio y momento determinado y, por otro, es la constante invención y (re)creación, debido a la imposibilidad de armar un pasado totalizador y fijo a través de espacios y tiempos.

Esta “desterritorialización rizomática” le produce a Daniel un gran desasosiego, una gran angustia porque se da cuenta que “no tengo a quien contarle estos cambios salvo a mi madre y mi madre ha muerto” (37) pero por otro lado, Daniel no está totalmente convencido que su madre entendería su “zozobra” (37). Camina por las calles de Buenos Aires, deambulando pero al mismo tiempo tratando de encontrar algún edificio o iglesia, que él cree recordar habérselo escuchado nombrar a su madre. Intenta territorializarse, pisar tierra conocida en su memoria. Pero esta empresa no tiene éxito y Daniel se pierde por las calles de Buenos Aires⁶. La aparente seguridad de un recuerdo no lo lleva al destino, sino que lo desubica más, lo desterritorializa. El vaivén entre desterritorialización y territorialización, entre fragmentos espaciales y de la memoria se vuelven parte de la experiencia de Daniel, un exiliado en Buenos Aires y también en Nueva York. La experiencia del viaje físico y mental ha dislocado a Daniel aún más. Ya es oximorónicamente un permanente ser errante.

La errancia o desterritorialización a la que se alude en relación a la experiencia de Daniel en *El común olvido*, también se observa en el capítulo titulado “Varia imaginación” del libro del mismo nombre. En este capítulo, Molloy plantea una relación entre la errancia y el erotismo. La narradora recuerda que su madre trató el tema de las relaciones amorosas tomando como referente un lugar en el extranjero. Se sorprendió y se rió, recuerda la protagonista, cuando su madre le preguntó si tenía un hijo en París, por la frecuencia con la que viajaba a ese país europeo. La protagonista inventa un amante imaginario, Julián, que viaja en la mente de la madre y de la hija, aunque ambas saben que es una artificialidad. Finalmente, la protagonista le cuenta a su madre que en realidad el amante hombre es mujer. La madre dice no “saber mucho de esos amores”, y admite no recordar ninguna referencia que alguna vez le hizo a su hija sobre las mujeres mayores que buscan secretarías jóvenes parisinas para encuentros amorosos. Una vez más se plantea el deseo desde la errancia y la extranjería,

6 Vale aquí detenerse en una reflexión de Molloy sobre el sentido de dislocación que a nivel personal le causó la traumática experiencia del 11 de septiembre de 2001: “La experiencia del atentado del 11 de septiembre me reavivó muchísimo aquellos momentos [los que se narran en *Varia imaginación*]. Sentí una dislocación tan grande... inclusive ahora que estoy viviendo en Long Island, vengo a Nueva York y pienso que estoy yendo a Buenos Aires, como si los espacios se me hubieran vuelto fluidos y los recuerdos que van con esos espacios también” (Massare “Memoria...”).

desde el desplazamiento y la permanencia de un recuerdo fragmentado. Simón, en Estados Unidos, Cacho en Buenos Aires, Julián hombre y Julián mujer, en Francia, son algunos de los nombres y espacios que se piensan en relación a experiencias amorosas de los protagonistas y se recuerdan desde el hoy de la narración. El espacio de las relaciones amorosas no encuentra fronteras (se mueve de norte a sur y de este a oeste) ni lenguajes (francés, inglés, español) y sigue las pautas de movilidad no sólo del recuerdo mismo sino de la propia identidad de los protagonistas. Tanto Daniel en *El común olvido* como la narradora en *Varia imaginación* deambulan hasta el final en una suerte de desterritorialización identitaria, lingüística y nacional. Las últimas líneas de *El común olvido* lo atestiguan:

Llegamos [a Nueva York] con tormenta de nieve. El invierno se vino temprano, anuncian por lo menos dos pies de nieve, me dijo en español el taxista, a pesar de que yo le había dado la dirección en inglés. ¿Cómo sabe que hablo español?, le dije. Esas cosas siempre se saben, me contestó. Y no pregunté más (356).

Esta cita también nos muestra que el llegar a destino, un espacio conocido y deseado, no le proporciona al narrador todos los fragmentos del espejo roto, sino que lo lleva a nuevos retos de la memoria, especialmente ahora que el protagonista porta en su maleta y en su memoria los retazos del pasado y el presente argentino. La ubicuidad lingüística que experimenta en Nueva York es una prueba más de las complejidades que encierran los cuestionamientos identitarios cuando se plantean en relación a la nacionalidad y a la lengua.

Es posible encontrar en los mismos títulos de los libros estudiados, *El común olvido* y *Varia imaginación*, un punto de contacto iluminador en cuanto al tema del lenguaje y la memoria; es en el vaivén entre la “imaginación” y el “olvido” donde residen los resquicios de la memoria que aunque fragmentada y elusiva siempre hay que rescatar para detenerse en imágenes y momentos que faciliten la reconstrucción de trozos de pasados personales, familiares y colectivos.

El común olvido y *Varia imaginación* ocupan un papel importante en la trayectoria creativa de Sylvia Molloy por cuanto son elocuentes respuestas a los planteos teóricos que la autora presenta en su texto *Acto de presencia*, especialmente aquel que trata sobre la relación entre la autobiografía como un género que se sustenta en la articulación de los recuerdos guardados en la memoria y aquel que trata el cuestionamiento consciente de los personajes en el proceso de recordar hechos del pasado. *El común olvido* y *Varia imaginación* son prueba de la consistencia y continuidad que une la teoría y el corpus novelístico de la autora, y más importante aun, ambas novelas ratifican la originalidad de las obras y el talento creativo de la escritora.

Referencias bibliográficas

- Chababo, Rubén. "Lecturas. Tras los gestos mínimos". (2003) 28 de octubre de 2003 <<http://www.beatrizviterbo.com.ar/prensa.asp?vernovedad=225>>.
- Deleuze, Gilles y Guattari, Félix. *A Thousand Plateaus. Capitalism and Schizophrenia*. Traducido por Brian Massumi. Minneapolis: University of Minnesota Press, 1987.
- E.C. Reseña de *El común olvido* de Sylvia Molloy. *Nowhere Man* (s/f) 15 de enero de 2004 <www.literama.net/resenas/molloy.html>.
- Guzmán, Flora. "El lenguaje es memoria". *Torre de Papel*. 4.1, 1994: 5-18.
- Massare, Bruno. "Memoria de una juventud en Olivos". (2003) 3 de octubre de 2003 <<http://old.clarin.com/suplementos/cultura/2003/07/26/u-00601.htm>>.
- Molloy, Sylvia. *At Face Value: Autobiographical Writing in Spanish America*. Cambridge: Cambridge University Press, 1991.
- *Acto de presencia. La escritura autobiográfica en Hispanoamérica*. México, D.F.: Fondo de Cultura Económica, 1996.
- *En breve cárcel*. Buenos Aires: Ediciones Simurg, 1998.
- "En breve cárcel: pensar otra novela". *Punto de vista. Revista de cultura*. 21. 62 (1998): 29-32.
- *El común olvido*. Buenos Aires: Norma, 2002.
- "Bilingualism, Writing, and the Feeling of Not Quite Being There". *Lives in Translation. Bilingual Writers on Identity and Creativity*. Editado por Isabelle de Courtivron. New York: Palgrave MacMillan, 2003: 69-77.
- *Varia imaginación*. Rosario: Beatriz Viterbo Editora, 2003.
- Rock, David. *Argentina 1516-1987. From Spanish Colonization to Alfonsín*. Berkeley: University of California Press, 1987.
- Rushdie, Salman. *Imaginary Homelands. Essays and Criticism*. London: Granta Books, 1991.
- Schettini, Ariel. "Saldos y retazos". *Página 12* (2003) 28 de octubre de 2003 <www.pagina12web.com.ar/suplementos/libros/vernota.php?id_nota=697&sec=10>.
- Sommer, Doris. *Bilingual Aesthetics. A New Sentimental Education*. Durham and London: Duke University Press, 2004.
-

Fecha de recepción: 13/04/06 / Fecha de aprobación: 13/11/06